

podía hacerse por interés nacional alguno sino, en todo caso, por interés partidista. Algo así como los republicanos que, en la Guerra Europea, querían la entrada en guerra al lado de la «Entente». No cabe duda que sólo les movía a ello un interés ideológico y, por tanto, de partido. Los gobernantes de entonces, por lo contrario, al imponer la neutralidad, hicieron obra nacional, se basaron en conveniencias nacionales.

—Lo cual quiere decir, indirectamente, que de haber triunfado los republicanos en nuestra guerra civil, hubiera España entrado en liza en la contienda actual.

—Es más que probable. Hubiesen pensado que no había ningún peligro en hacerlo, mandando algunas divisiones al frente francés durante la «época de guerra» que precedió a las grandes batallas de Flandes, y satisfaciendo de aquel modo su ideología «antifascista»; y, probablemente, pensando poner un coto a las feroces divisiones que, sin duda, les hubieran destrozado al final de nuestra guerra.

—Y, claro está, España hubiera sido derrotada a la vez que Francia y, al mismo tiempo o poco después, ocupada por los vencedores.

—Naturalmente. Y ahora sería campo de batalla con toda probabilidad y, desde luego, objetivo sus ciudades de implacables bombardeos del enemigo de nuestros ocupantes y presa el interior del país de espantosa miseria, terrorismo y males sin cuento. Todo, en definitiva para lo mismo: para obtener al final no sabemos qué que no compensaría ni remotamente todo lo sufrido, lo perdido y lo destruido.

—Pero había otra razón, una de esas razones del corazón que no entiende de cálculos: el agradecimiento y, también, ¿por qué no decirlo?, el resentimiento.

—Alto ahí! Esta consideración no ha sido olvidada en el curso de esta conversación, pero no la podemos discutir aquí sin ir demasiado lejos. No es lícito —y eso sí cabe decirlo— jugar la propia existencia del país por tal motivo. Esto no lo ha hecho nadie hasta ahora y no nos era lícito comenzar. Además, si alguno se ha considerado personalmente deudor, medios ha tenido, y tiene todavía, para pagar su deuda.

—Así, pues, ¿toda esta posición que usted defiende se funda en razones nacionales?

—Absolutísicamente. Gracias a Dios, no todo el mundo cierra los ojos a uno u otro lado para ver todos los defectos aquí y todas las ventajas allá, según los gustos. Los beligerantes son pueblos con admirables cualidades y defectos inmensos bien determinados a lo largo de la Historia, y resultaría tan difícil atribuir el premio de la virtud a unos como a otros. Ello aparte que la política internacional no se basa, desgraciadamente, en consideraciones morales, y es, por tanto, inútil buscarlas en los motivos que mueven a los pueblos en armas actualmente.

—Por lo tanto, y resumiendo, según tal criterio, está más vigente que nunca la idea de Ganivet de que España, que ha representado primeros papeles en la escena del mundo, no puede, en modo alguno, rebajarse a aceptar el de aquellos comparsas cuya actuación se limita a servir un vaso de agua o abrir una puerta y decir: «la señora está servida».

—Exactamente. Esta idea está en el fondo de todo lo que hemos hablado.

SANTIAGO NADAL

Gasolina y Lubrificantes
Automóviles de Alquiler

GARAJE GIOL

Servicio diario de Autobuses de Campins a San Celoni, Villalba, Saserra y Barcelona

Servicio especial para excursiones y turismo. - Transportes

Accesorios para Automóviles

Avenida del Caudillo, 40

Teléfono núm. 19

EL MUNDO Y LA POLITICA

POR ROMANO

La batalla de Europa

SÓLO le faltaba esto al sensacionalismo: después de permitirse registrar los hechos más tremebundos que pudiera imaginar el hombre — batallas terrestres, aéreas y marítimas con sacrificios inmensos de vidas, ciudades y material bélico — ahora se da el capricho de anunciar casi a plazo fijo el acontecimiento más trascendental de la historia de la Humanidad.

—Más difícil todavía! — grita el prestidigitador en la plaza pública—. Saborear el hecho consumado, palpitarlo todavía, era cosa de hombres primitivos. Asomarse a las páginas de la Historia, contemplar, a siglos de distancia, la caída de Roma o de Constantinopla era tarea de lunáticos. Una guerra grandiosa como la presente debía ir más allá, debía proyectar un espectáculo realmente diabólico y construir antes un estadio abierto como el mundo, una especie de valle, no simbólico como el de Józef, sino verdadero y fácilmente localizable, capaz de dar cabida al mundo entero, convertido en espectador del episodio más sensacional de la Historia. El espectáculo está preparado: el estadio está terminado. Dos años se han invertido en ambas obras.

Hasta ahora una batalla con penacho de gran batalla era presidida por una ciudad amurallada: llámase Troya o Jerusalén, Numancia o Gerona, Sebastopol o Stalinogrado. Todo eso eran juegos infantiles. Las diminutas proporciones de esas batallas denunciaban haber sido preparadas en un tablero de ajedrez. Esta falta de imaginación podía comprometer el porvenir del arte de la guerra. Ridícula cosa luchar por una ciudad amurallada o fortificada. Desde la más remota Antigüedad hasta nuestros días la batalla de sitio apenas ha variado: el famoso grabado gótico del asedio de Orleans en tiempos de Juana de Arco, con unos guerreritos en lo alto de las murallas, podía, con leves anacronismos, representar el asalto de Babilonia o de Licia.

Había que hacer algo grande, insuperable: en lo que le resta de vida al mundo jamás podría ofrecerse nada semejante. El colosalismo se impone. Era preciso montar la Babel de las batallas, pensar en una de esas raras convocatorias humanas que obligan al mismo Olimpo a asomarse en masa sobre nuestro infeliz planeta. Batallas de enanos y «topolinos» esas de las ciudades fortificadas. La ciudad amurallada será substituida por un Continente con muros acantilados, erizados de cañones. Sólo en el litoral atlántico más de tres mil kilómetros de murallas. En conjunto el corsé puesto a Europa es superior a la Gran Muralla de China. Cada fortín es algo más complicado y más fuerte que las Pirámides.

Por parte de los Aliados la batalla ha sido concebida también a la escala de un Continente amurallado. El cuartel de las tropas destinadas al asalto del Continente es una nación entera, la isla más grande de Europa. El fuego de las Esquadras marítimas y aéreas intentará morder las murallas continentales y demolerlas. Se habla de un techo de aviones, lo que equivale a decir que el cielo se convertirá en un infierno y que, como las antiguas plagas de la langosta, los aviones taparán el sol. Se ha puesto especial cuidado en asegurar que el ruido de la batalla será ensordecedor, algo tremendo, capaz de conmover las esferas. Ha llegado a escribirse que la región del Canal de la Mancha temblaría como si fuera un tempano de hielo.

Lo más sorprendente de la próxima batalla es que ha sido anunciada con gran cantidad de detalles. La mayor parte de las batallas históricas no fueron previstas y su gestación no exigió más tiempo que la formación de un temporal de estío. A veces la batalla tardó

en estallar lo que emplea un ciclón para recorrer dos o tres mil kilómetros en los grandes mares.

Pero lo realmente inaudito es que se haya trabajado dos años en la preparación y la propaganda de esa gran batalla de Europa. La preparación y el desencadenamiento de una ofensiva ha sido siempre un secreto militar, pero esa futura batalla de Europa ha actuado;

institución y desde que las mujeres han conseguido el derecho de voto son también encuadradas militarmente y destinadas a las fábricas de armas y a otros servicios más penosos.

A pesar de todo se asegura que la moral de los dos grandes ejércitos que van a ser echados al horno es excelente. Ello no puede sorprendernos: la atmósfera misma



Praga. — Puente de Carlos IV y el Castillo

por lo menos durante un año, como guerra de nervios y como polo de descarga del frente ruso.

La Europa ocupada espera con inquietud, pero con una confianza absoluta esa batalla de liberación. Y si los europeos no hemos sido engañados como chinos, la batalla ha de desencadenarse en fecha próxima. Si los ingleses y los americanos tuvieran preocupaciones simbolistas podríamos esperar el asalto para el aniversario de la ocupación de Viena o de Praga, fechas que disponen de las llaves del buen tiempo, en el sentido estrictamente meteorológico de la frase. Porque si la anexión de Austria fué el anuncio de la guerra, la ocupación de la meseta bohemia, verdadero castillo de la Europa central, era ya la primera batalla de la guerra.

Una propaganda gigantesca ha anunciado la gran batalla de Europa. El mundo la espera con emoción creyendo que ha de poner fin a un trágico período de locura. Sólo falta conocer los efectos de una propaganda — sólo comparable a una campaña electoral norteamericana — en el ánimo de los soldados que cada bando beligerante destina a la lucha. Porque habrá mucha carne de cañón en esa batalla. No será posible retroceder y el territorio de combate se rará defendido palmo a palmo — ha dicho el general von Rundstedt. Habrá, pues — nadie lo disimula — un exquisito lujo de sangre. Ante esa propaganda, ¿qué deben pensar los soldados? En la Nochebuena última la Radio norteamericana decía con la mayor naturalidad del mundo que, si era digno y agradable celebrar las Navidades, no debía el pueblo de los Estados Unidos olvidar que a la distancia de algunas semanas habría luto en muchas familias del país, porque medio millón de sus soldados habrá muerto en el campo de batalla. ¡Una lotería de la muerte con medio millón de premios mayores! Duro es este lenguaje. La propaganda está realmente a la altura de la sangría. Tal vez la Humanidad no logre jamás sacudir el yugo de este servicio militar obligatorio que enrola ya a los adolescentes, a los ancianos y a las mujeres. El despotismo oriental y los regímenes conscientemente esclavistas destinaban a la guerra un número exiguo de hombres. Desde la Revolución Francesa y su Napoleón, la «Grande Armée», los grandes ejércitos, constituyen un instrumento imprescindible de la política exterior de cada país. El sufragio universal ha consolidado la

está cargada de odios y pasiones y es casi imposible substraerse al ambiente de una época que cuenta con medios de intoxicación gigantescos. Habrá más peligro de insubordinación en las épocas de la guerra «fraiche et joyeuse» que ahora, en pleno auge de las guerras de sabia. Nuestra deportívísima generación no sabe hacer ya guerras deportivas. Ante una revista militar pasada por el general Eisenhower en Inglaterra o por el mariscal Rommel en la otra parte del Canal de la Mancha puede afirmarse que, dentro de algunas semanas, muchísimos de aquellos soldados habrán muerto en el campo de batalla. «¡Cuántos hijos!» — exclamó una mujer del pueblo que presenciaba a nuestro lado una importante revista militar en la Via dell'Impero de Roma. Sin embargo, podemos estar ciertos que esos millones de hijos apostados a ambos lados del Canal que separa Inglaterra del Continente se han hecho a la idea de que su vida es pura ilusión y de que su Patria está realmente en peligro. Se trata, no de una guerra ideológica, sino de una guerra hegemónica — ha dicho repetidas veces el señor Oliveira Salazar — y esos soldados lo saben. Saben que incluso el comunismo es militarista e imperialista. No ignoran tampoco todo esto los habitantes de los territorios destinados a ser escenario de la gran batalla. Su deseo de ver un día terminada la ocupación, de no servir de baluarte de una gran Potencia, es tan legítimo como el que animaba a nuestros padres en su lucha contra Bonaparte.

Por lo que respecta al escenario, o escenarios, de esa gran batalla, nuestro compañero de redacción, el teniente coronel señor Ruiz-Fornells, cree en la posibilidad de que Europa no solamente sea atacada por el Canal de la Mancha, sino también por los golfos de Lyon y Vizcaya, por Noruega y los Balcanes. Hay realmente elementos para juzgar probable un ataque por cualquiera de esos puntos o por todos a la vez. Parece que tanto los políticos como los militares creen imprescindible un ataque por Holanda, Bélgica o Francia, o sea, en la región del Canal. Fundase este punto de vista en la doctrina de Napoleón según la cual sólo se consigue la victoria atacando y destruyendo al grueso de las fuerzas del adversario. Los ataques por las regiones del Ródano y del Garona son también verosímiles. Su principal objetivo consistiría probablemente en evitar que los alemanes puedan circular alrededor del castillo alpino y cubrir la retaguardia del gran ejército al que ha de confiarse el paso del Rin. Un desembarco en los Balcanes desde el Adriático no ha de tropezar con grandes dificultades, habida cuenta del gran ejército de guerrilleros que lucha ya en Yugoslavia. El «Journal de Genève» prevé también un desembarco ruso contra Bulgaria, simultáneo con el del Adriático. ¿Habrá, entonces, llegado la hora de Turquía? Finalmente, es posible que Rusia deseé intervenir en un ataque en territorio noruego y que esa intervención le permitiera instalarse definitivamente en Narvik. En todo caso, las operaciones de Noruega impedirían a los alemanes repatriar las divisiones que ocupan la región occidental de la península escandinava.

Indudablemente, las operaciones en los alrededores del Canal, por Holanda, Bélgica o Francia, serán las de máximo interés. El objetivo inmediato será el Rin. De no librarse esa batalla la guerra se prolongaría indefinidamente y la propaganda de la batalla de Europa caería en el ridículo. Acentuará ese interés el hecho, que nuestra modesta estrategia cree casi seguro, de un doble ataque por el cuello de botella francés, o sea, por el Mediodía, desde el Mediterráneo al Atlántico. La gigantesca operación de expulsar a los alemanes de Francia, exigirá taponar la frontera franco-italiana, estableciendo una línea que se apoye en los Alpes. Probablemente las guerrillas en el «maquis» de la Alta Saboya sean ya la cabeza de línea del frente Alpes-Mediterráneo.

Los preparativos — según se afirma — están ultimados. Sólo falta que el general Eisenhower reciba la orden de poner en marcha esa enorme máquina.

CONTABILIDAD

en todos sus grados y conocimientos auxiliares puede usted aprender de prisa y bien en casa, por correspondencia. BELPOST. — Pida prospecto gratis al Apart. 5126. BARCELONA.

Teléfono 75358



TODA LA HUMANIDAD PRECISA EQUILIBRAR SU EXCESIVO DESGASTE CEREBRAL Y NERVIOSO

TONICO NERVIOSO-CERA

FÓRMULA FOSFORICA APROBADA POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CHIRURGIA DE BARCELONA

DEBILIDAD NERVIOSA AGOTAMIENTO CEREBRAL NEURASTENIA, SURMENAJE, PÉRDIDA DE MEMORIA

LABORATORIOS CERA, S.A.
VIC. 18 - BARCELONA (5)

Cen. San. n.º 4742

Alpargatas, Cintas, Hilos, Lonas y Trenzas

Ignacio Dalmau Araño

Era de la Esquina, 10 - (Crr. de Cardona) - Teléfono 352 - MANRESA

CATORCE DIAS EN LA UNION SOVIETICA

POR SIGRID UNDSET. «Premio Nobel» de Literatura (1928)

Por necesidades urgentes de compaginación incluimos en este número el presente reportaje.

Sigrid Undset, una de las más celebradas escritoras del Mundo, acaba de publicar la historia de su último viaje. El desembarco de los alemanes en Noruega, sorprendió a la escritora en el momento en que se disponía a pronunciar una charla radiofónica en Oslo. Sigrid Undset consiguió tomar el último tren hacia Lillehammer, su residencia habitual, desde donde pasó a Suecia; desde allí, se trasladó en avión a Moscú; permaneció unos diez días en la capital de la U.R.S.S., trasladándose luego, a través de la Siberia y el Japón, a Nueva York. Uno de sus hijos murió en las operaciones que precedieron a la ocupación de Noruega por los alemanes. El presente reportaje, interesante fragmento de su reciente obra sobre su viaje, publicada en inglés y en alemán, y que ha obtenido un extraordinario éxito, ha sido ofrecido a nuestra publicación con carácter de exclusiva.

M^E enteré de que aquel mismo día, salía un avión para Moscú. Confieso que no me sentía muy a gusto en el campo de aviación. Mis amigos que habían participado como voluntarios en la guerra rusofinlandesa, me explicaron historias espeluznantes de



SIGRID UNDSET

lo poco que entienden los rusos de aviación y de la dejadez con que tratan sus aparatos. Intenté consolarme diciéndome que en una línea tan importante, seguramente vuelan los pilotos mejores. Me tranquilicé y, poco a poco, me dejé subyugar por la maravillosa belleza de los hermosísimos paisajes suecos.

Cambié mi dinero por moneda rusa. Era muy curioso ver cómo un ruso, de aspecto juvenil, manejaba la máquina calculadora con una atención extraordinariamente concentrada y con mucha lentitud, cuando en Europa el manejo de tales máquinas resulta ya un juego de niños. El examen de nuestro equipaje duró interminables horas. Por suerte, yo llevaba una carta de recomendación de la embajadora soviética en Estocolmo, y esa carta obró un verdadero milagro: ni siquiera abrieron mis maletas. Por fin, nos significaron que podíamos volver a subir al aparato. Según el horario, tuvimos que volar directamente a Moscú. Subieron con nosotros unos cinco o seis jóvenes de ambos sexos que no llevaban equipaje y viajaban sin abrigos ni tocados; las muchachas llevaban batines de casa y zapatillas. En mi candidez, creí que la juventud rusa circula en avión con tanta familiaridad como nosotros en autobús y que bajarían en algún punto del trayecto, no muy lejos del de su partida. Confieso que me hubiera alegrado sobremodo —si bien tengo horror a la aviación precisamente por los aterrizajes frecuentes— de poder liberarme de la compañía de aquellos jóvenes. Yo soy incapaz de aprender los nombres de las diferentes partes de un avión, mientras que esos rusos entraban y salían continuamente de la cabina del piloto, dejaban abierta la puerta, fumaban cigarrillos y cubrían de colillas el suelo en que corría un asqueroso líquido oleaginoso negro.

Me estaba rompiendo la cabeza para descubrir qué podía ser aquel líquido, y para decir la verdad, tenía mucho miedo de que pudiera

Poco después, vimos brillar bajo nosotros las torres de Tallin y Riga. En el campo de aviación donde aterrizaron, pude observar un número extraordinario de aviones. La cantina del campo estaba repleta de oficiales de aviación, muchos de los cuales llevaban un brazo o la cabeza vendados. Sabíamos que Letonia corría un peligro gravísimo, pero se esperaba que las cosas se arreglarían; aun teníamos fe en los milagros, creyendo que un Estado pequeño, animado por una sincera voluntad de paz, podía salvarse y salir indemne del temporal. El campo de aviación de Tallin es modernísimo. Posee cantina, salón de «toilettes» para señoras, al igual que los campos de las grandes metrópolis de la Europa occidental.

Pocas semanas después, la suerte estaba echada. El triste destino letón se cumplió. Aquella simpática y pacífica ciudad se vió precipitada en la sangre, en las lágrimas en el dolor.

Continuamos nuestro vuelo en el mundo mágico de unas enormes nubes estivales, ondulantes y blancas, enmarcadas de oro por los rayos del sol. De entre nubes, sólo de vez en cuando podíamos echar una mirada sobre la misteriosa Rusia de los Soviets. Las brillantes cintas partían en dos la infinita estepa y el verde fresco de los bosques alternaba con las manchas verdes de veneno de los pantanos, de aquellos desolados e insombrables pantanos rusos con los que nos encontramos tan a menudo en nuestro viaje por Rusia. De repente, se veía alguna carretera que parecía surgir de la nada, tan abandonada parecía desde nuestras alturas. Al borde de la carretera, adivinábamos, de vez en cuando, alguna que otra aldea, constituida por muy pocas casitas esparcidas, de color gris claro.



En el «Parque de la Cultura» de Moscú existe esta Avenida con los bustos de los personajes que, a juicio de los Soviets, merecen un recuerdo. Vean ustedes las efigies de algunos

ser inflamable. El tiempo fué pasando de manera sumamente desagradable, hasta que, de súbito, vimos multiplicarse plantas industriales y barrios habitados: volábamos sobre Moscú.

EN VELIKIE LUKI

Aterrizaron en el primer puerto aéreo ruso: Velikiie Luki. Me invadió una sensación harto extraña, al tomar tierra en el imperio de los Soviets. Un camino de macadam conducía a las oficinas de la Aduana, ante la cual vi un jardincito conmovedor en su sencillez. El local en que entramos, me pareció sucio. Pero estaba repleto de flores: grandes plantas en tiestos y flores campestres apretujadas en botellas vacías y jarros. Había también una cantina que no resultó demasiado sucia. Pedimos té, con el cual nos sirvieron cierto pastel de un gusto muy extraño. Más tarde, cuando ya llegó a conocer mejor la situación en Rusia, comprendí que si Velikiie Luki se diferenciaba considerablemente de todo cuanto viera luego en el país de los Soviets, era tan sólo a raíz de las frecuentes visitas de los aviadores suecos.

Cambié mi dinero por moneda rusa. Era muy curioso ver cómo un ruso, de aspecto juvenil, manejaba la máquina calculadora con una atención extraordinariamente concentrada y con mucha lentitud, cuando en Europa el manejo de tales máquinas resulta ya un juego de niños. El examen de nuestro equipaje duró interminables horas. Por suerte, yo llevaba una carta de recomendación de la embajadora soviética en Estocolmo, y esa carta obró un verdadero milagro: ni siquiera abrieron mis maletas. Por fin, nos significaron que podíamos volver a subir al aparato. Según el horario, tuvimos que volar directamente a Moscú. Subieron con nosotros unos cinco o seis jóvenes de ambos sexos que no llevaban equipaje y viajaban sin abrigos ni tocados; las muchachas llevaban batines de casa y zapatillas. En mi candidez, creí que la juventud rusa circula en avión con tanta familiaridad como nosotros en autobús y que bajarían en algún punto del trayecto, no muy lejos del de su partida. Confieso que me hubiera alegrado sobremodo —si bien tengo horror a la aviación precisamente por los aterrizajes

frecuentes— de poder liberarme de la compañía de aquellos jóvenes. Yo soy incapaz de aprender los nombres de las diferentes partes de un avión, mientras que esos rusos entraban y salían continuamente de la cabina del piloto, dejaban abierta la puerta, fumaban cigarrillos y cubrían de colillas el suelo en que corría un asqueroso líquido oleaginoso negro. Me estaba rompiendo la cabeza para descubrir qué podía ser aquel líquido, y para decir la verdad, tenía mucho miedo de que pudiera

La mayoría de las mujeres tiene una cara muy semejante a las de los hombres: rostros redondos, llanos y huesudos. Había entre ellas rubias, y otras, con el pelo rubio rojizo o castaño; no obstante, me parecieron todas iguales. Llevaban delgados vestidos de algodón que, a primera vista, no resultaban faltos de gracia. Sin embargo, el paño es miserablemente delgado y se deshilacha en seguida. En mi casa, mis criadas se hubieran ofendido moralmente si me atreviese a regalarles un

traje semejante, afirmando que paño tan vil no valía ni los gastos de costura.

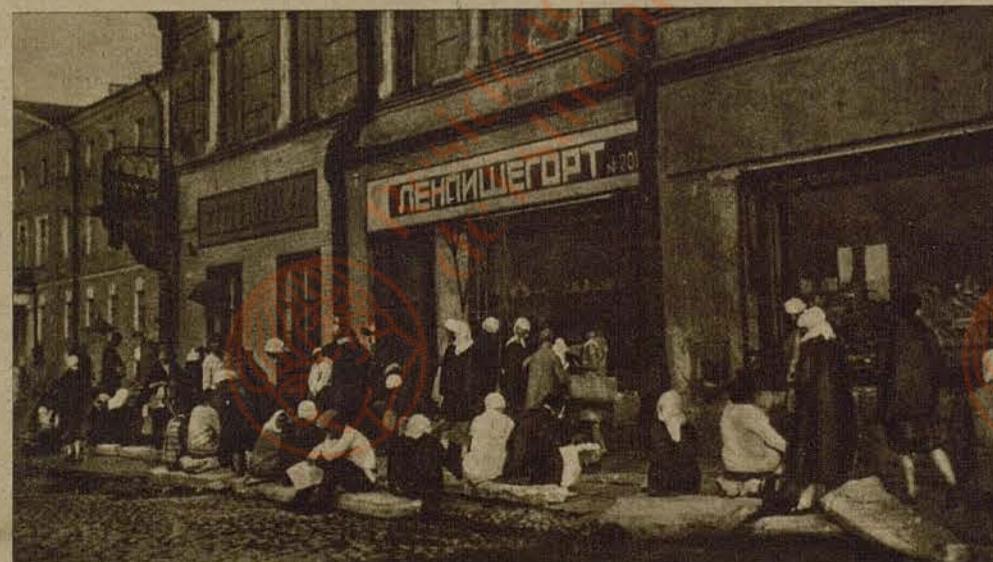
Los niños casi todos van descalzos, con unos pantalones destenidos por haber sido lavados hasta la urdimbre; era la única prenda que llevaban en su cuerpo. Sin embargo, todos tenían unas pantorrillas fuertes y musculosas, muy tostadas por el sol; tenían una tez sana y su delgadez no llamaba mucho la atención. Vi pular verdaderos enjambres de niños en las calles de Moscú, así como huestes de mujeres jóvenes que no tardarían mucho en favorecer al Estado con numerosos ciudadanos soviéticos nuevos. Y creo que el ruso, de tener hijos, ya es feliz. A menudo, el marido joven llevaba en brazos a la criatura, mientras que su mujer le seguía cargada de algún gran bulbo o un paquete envuelto en papel de diario. Cochecitos para niños, en toda Rusia sólo vi cinco o seis, y todos ellos, en Moscú.

EN MOSCÚ

Naturalmente, ya había oido y leído tantas opiniones encontradas sobre la República de los Soviets, que nada me hubiera podido extrañar. Hay que reconocer que, efectivamente, no existe sensible diferencia entre la gente. La masa va malísimamente vestida, tanto en los arrabales como en el corazón de la ciudad, y todo el mundo va descuidado y despeinado. En los balcones de las casas que se hallan frente al Kremlin y el antiguo hipódromo imperial —este debía de ser algún día el barrio más «elegante»—, vi sentadas personas junto al «samovar». Hoy, todas esas casas están tan destrozadas como las demás y los hombres y mujeres que las ocupan, van vestidos tan harapientos y miseriosos como cualquier otro.

DICTADURAS Y DEMOCRACIAS

Tengo la impresión de que allí donde el campesino ruso apenas cría cien aves de corral y ningún ejemplar de la raza bovina, un agricultor sueco poseería por lo menos mil de cada especie. Sé que hacia fines del régimen zarista, fueron invitados a Siberia unos especialistas daneses para montar granjas y lecherías al tipo danés. Esa empresa resultó tan fructífera que Siberia hubiera podido exportar incluso determinados productos lácteos. Probablemente en los demás países, la tierra rinde infinitamente más que en Rusia; esto se deberá, sin duda, en gran parte, al retraso increíble de las comunicaciones. En los Estados totalitarios, la falta de comunicaciones puede mover a los agricultores a producir más, ya que pueden esperar así poder conservar mayor parte de sus productos para sí mismos. Sin embargo, según nuestros conceptos escandinavos, Rusia podría ser el país más rico del mundo —sin necesidad de robar a los países vecinos— si no hubiera tantas tierras en yermo a causa de la malísima organización y la proverbial dejadez rusa, y si los rusos llegasen a trabajar tan sólo la mitad de lo que trabajamos los escandinavos y finlandeses.



Esta es una cola para recoger los cupones de racionamiento. Bien claramente se ve que la espera no ha de ser corta ya que se han visto precisados a traer los colchones para pasar las horas lo más cómodamente que puedan

De mi viaje por el país de los Soviets, pude convencerme de una cosa: a saber que el pueblo ruso es capaz de vivir, trabajar y conservarse sano en unas condiciones de vida que a nosotros, hijos de los países escandinavos, nos parecerían insoportables. En las dictaduras, tan sólo una débil capa de conductores obtiene aquellas cantidades de grasa, hidrato carbónico, vitaminas, frutas y legumbres que nosotros consideramos como un mínimo imprescindible para la vida. Todo parece indicar que ciertos Estados totalitarios hacen caso omiso de todas nuestras teorías formadas sobre el hogar, la higiene y la limpieza y, no obstante, —por lo menos aparentemente— la vida sigue su curso, ininterrumpidamente.

Naturalmente, existen también considerables diferencias: en un país de tan sólo tres o cuatro millones de habitantes, o sea en una

gadas Internacionales, donde colabora con el antiguo secretario del hijo de Trotsky. Después de la declaración de guerra a Rusia por los alemanes, y cuando los comunistas empezaron la resistencia en los montes, Broz aparece de pronto en la República Soviética de Uzice, invadida al cabo de pocas semanas; bajo las órdenes del Komintern, toma rápidamente el mando de todo el movimiento comunista en Yugoslavia, los jefes regionales del cual son sometidos a su mando. La disolución del Komintern no cambia en nada la situación de Broz.

Inquietante, pues, para todos cuantos tenemos tan recientes las experiencias extremistas, la «hoja de servicios» exhibida por Tito. Interesante en extremo el anagrama que le ha servido para rebautizarse y pasar a ocupar el primer plano de la actualidad política en esta hora complicada.

EL REY QUIERE SER DIGNO DE SU EPOCA

Nada más lógico, pues, que este joven Rey de veinte años, entusiasta y aguerrido, haya querido — inquieto por la suerte de su país — observar y plantearse el problema gravísimo con un ánimo joven, un ánimo de monarca a la manera heroica. Desde el instante en que el joven Rey tuvo conocimiento de la maniobra — que fué fulminante y sorprendió a los beatos círculos políticos yugoslavos de El Cairo — el joven monarca decidió afrontar la situación. Es muy probable que Pedro II, en pleno uso de sus dotes, sintiera que había ha-



El rey Pedro II

bido por parte de sus colaboradores un tanto de indolencia o de ingenuidad en la consideración de las realidades políticas. Por otro lado es probable que el joven Rey considerara anticuados los procedimientos políticos y pobres los resortes imaginativos de sus inmediatos colaboradores.

Escribíamos desde Suiza a «La Vanguardia», a raíz inmediata de los acontecimientos políticos que elevaron a Tito al primer plano de la actualidad, que los ingleses no considerarian perdida la partida yugoslava hasta el instante en que se demostraran ineficaces los esfuerzos de aproximación Pedro II-Tito, y que en eso empeñaría Inglaterra todas sus energías. A diferencia de sus inmediatos colaboradores, Pedro II tiene la juventud, el entusiasmo y el desprendimiento suficientes — la edad, en suma — para trasladarse en avión, efectuar entrevistas personales, afrontar toda clase de distancias geográficas y doctrinarias. Durante nuestra estancia en Suiza por dos veces se dijo que Pedro II había cogido el avión: una para ir a Moscú y la segunda a los montes yugoslavos, donde es probable que se haya entrevistado con Tito.

LA BODA Y LAS RAZONES DE SU ANTICIPACION

Dadas estas circunstancias y en vista de los datos que poseemos sobre la ceremonia, no es difícil aventurar que el acontecimiento nupcial celebrado en la Legación griega de Londres tiene un significado político. La ausencia de la reina madre y del primer ministro yugoslavo indica que existe distanciación de criterios. Fieles a las viejas doctrinas por las que diera su sangre Alejandro I, mal se resignan a aceptar la existencia de un «monarca revolucionario», como Pedro II parece llamado a ser.

La boda, celebrada de manera imprevista, indica a la Reina Madre y a los ministros a la antigua del preclaro Gabinete yugoslavo, que el joven Rey se halla dispuesto a conservar libres y soberanas sus manos para cualquier operación política que estime indispensable. El joven Rey quiere gobernar sin «tabúes»; en el área de su soberanía no acepta hipotecas. En este sentido asistimos, tal vez por primera vez, a un fenómeno que remoza la secular institución monárquica, adecuándola a los tiempos que vivimos.

UNA SEGUNDA INTERPRETACION

Cabe dar a la antelación otorgada a la boda principesca de Londres una interpretación, asimismo, de orden práctico. Es probable que en visperas de una aproximación entre la figura del Monarca y la del Mariscal Fantasma sea preciso al Rey un desplazamiento prolongado, el «dinamismo soberano» que ponga en peligro constantemente su vida. Es preciso que el trono de los Karageorgevitch tenga inmediata sucesión. Es preciso, además, al corazón humano del Rey, unir con vínculo indestructible el sentimiento que se alberga en él con amor joven. Gran compañía — la suprema compañía — en la lejanía y en la responsabilidad.

EL MUNDO Y LA POLITICA

POR ROMANO

Europa en ruinas

ESCRIBIMOS bajo la tremenda impresión de un reportaje del «Journal de Genève» sobre uno de los bombardeos de Berlín. Pero es que existe todavía esa capital del Reich desde donde, en la madrugada del día 1 de septiembre de 1939, decidióse el destino del mundo? Berlín — dice el cronista del diario ginebrino — es un montón de ruinas, una especie de Pompeya. Esos bombardeos son algo indescriptible. Bajo las explosiones la ciudad tiembla como si fuera un tambor gigantesco y la voracidad de los incendios tiene proporciones alucinantes. Horas después de la incursión, la ciudad continúa envuelta en un rojizo sudario de humo y polvo. Muchas calles, convertidas en montañas de escombros, son intransitables. En las afectadas por bombardeos anteriores el tránsito es peligrosísimo: después de cada temblor producida un fenómeno parecido al deshielo: de las fachadas que han quedado como una decoración de teatro, salta una piedra o se derrumba una cornisa. El aire arrastra grandes nubes de humo que huele a carne quemada. La multitud refugiada en el «Metro» sólo habla de muertos, bombas e incendios. Los taciturnos miran con los ojos muy abiertos, con una expresión parecida a la de los niños que sufren y no saben hablar. En la casa en donde se hospeda el cronista hay varios refugiados. Sus nombres son números: uno se llama 22, otro 26, otro 3, porque sus casas fueron incendiadas el 22, el 26 de noviembre o el 3 de diciembre. Esa casa en la que halló refugio el periodista suizo tal vez no existe ya: la crónica de la que sacamos estos detalles es del día 4 de enero.

Pero, ¿por qué añadir rojo y negro a este cuadro siniestro de los bombardeos de Berlín? Lo más interesante de esta crónica de M. Jean Heer no es precisamente el elemento descriptivo, sino la reacción de la población berlinesa. La gente maldice su suerte, la guerra y la política — dice M. Heer — pero no conoce el pánico. Reacciona con furor contra la causa de su tribulación, pero no desarma. «Unos porque no pueden; otros porque creen que el que más resista ganará la partida». En otros, el motivo de su resistencia es más egoísta. Han perdido su casa, su tienda, su piso, sus muebles. Y están firmemente convencidos que nadie podrá indemnizarles si el Reich pierde la guerra. Opinan que, si Alemania naufragara en este temporal terrible, cada ciudadano alemán sería condenado a pagar el gasto y que jamás tendrían otra casa u otro piso como los que han perdido. Las autoridades nazis — sigue diciendo Heer — apoyan este punto de vista, permitiendo que las víctimas de los bombardeos establezcan un inventario de lo que han perdido. La promesa de indemnización es firme. Esto explica que los ciudadanos de Hamburgo, puestos a hacer inventarios, hayan presentado una cuenta de cuarenta y tres mil millones de marcos.

«Vivir! Vivir, a pesar de las bombas — escribe M. Heer — es lo único que importa a los berlineses. «Vivir hasta el día en que... Pero ese día, tan esperado, de las represalias y en el que los alemanes creen sinceramente, no ha llegado todavía. Mientras tanto, Berlín vive como aquellos examinandos que esperan, ya sea el examen final, ya sea la muerte repentina del profesor, víctima de un ataque de apoplejía».

No te has equivocado, lector: ese «profesor» es Inglaterra, son las ciudades inglesas. El objetivo principal tal vez sea Londres, ese Londres que en 1940 fué tan inaplacablemente amartillado. Pocas guerras han conseguido, como la presente, que el odio arraigue en los corazones. Difíase que lo que les duele a los berlineses es que las bombas de 1940 no pesaran seis mil kilogramos.

Según otras informaciones del

«Journal de Genève», en esa actitud numantina del pueblo alemán influye también otro considerando. Lo que más temen los alemanes es la ocupación, esa calamidad que los soldados del Reich han podido contemplar con sus propios ojos en tantos países europeos. Piensan también con horror en la posibilidad de que la derrota les obligara a trabajar como esclavos en otros países, especialmente en Rusia. Ello representaría la liquidación completa de una generación entera y la imposibilidad de que la patria alemana se levantara de sus ruinas. La propaganda nazi-socialista no disimula esa eventualidad y varias veces ha repetido que Rusia sola — según declaraciones de Ilia Erenburg — exigiría la mano de obra de diez millones de alemanes, o sea diez millo-

nes de alemanes. ¿Será capaz Europa de reconstruir esos centenares de ciudades demolidas por las bombas? La experiencia enseña que si para la guerra no falta el dinero, o la ficción de dinero, la paz, conservadora por naturaleza, tiene mentalidad de tenedor de libros. Ante un problema tan angustioso existe el peligro del faraonismo. Pero el régimen de trabajos forzados y de rehenes de guerra sería todo lo contrario de una paz romana.

Las autoridades alemanas han prometido a su pueblo que las ciudades destruidas, y al frente de ellas Berlín, serían reedificadas. La nueva Berlín será — dicen — la moderna maravilla del mundo. No hay problemas de conservación en Berlín, porque de la capital del Reich no ha quedado casi nada. Una informa-



Efectos de un bombardeo

nes de esclavos, que serían dedicados a la reconstrucción de la Unión Soviética.

No cabe duda que esas consideraciones influyen poderosamente en la resistencia moral del pueblo alemán.

Ninguno de los beligerantes se ha atrevido a publicar la lista de las ciudades europeas destruidas o semidestruidas. Cuando esa lista se publique el mundo se horriará y los pueblos europeos con categorías de dirigentes podrán afirmar que jamás habían sido tan mal gobernados. Habrá, entonces, llegado la hora de recoger en una antología las principales barbaridades que se escribieron cuando el mundo se hallaba todavía en paz, exaltando la guerra total y la potencia destructiva de una escuadra aérea. Esas barbaridades, consideradas entonces muy deportivas, llevaban las firmas de hombres muy encumbrados, pero con mentalidad de primarios.

Se han dicho y escrito cosas tan insensatas sobre los efectos de los bombardeos en casa ajena, que era lícito pensar si una gran parte de los hombres lleva dentro un asesino. Lo realmente desconcertante es que los políticos se hayan dejado arrastrar por unos grupos de energúmenos y no hayan impedido los bombardeos de las ciudades y la destrucción de monumentos que se podía y debía respetar.

En la actualidad, la tregua aérea es ya imposible. Y si la guerra dura otro año, el número de ciudades muertas habrá más que doblado. Sin duda alguna esa destrucción de ciudades constituye el episodio más importante de la historia de Europa desde la invasión de los bárbaros. Probablemente las generaciones venideras se servirán de esta hecatombe para señalar el comienzo de una nueva edad histórica.

Ante esas ruinas podría llegar a la conclusión de que el hombre moderno, a pesar de no ser analfabeto y de sus inventos, es tan bárbaro como el de la Antigüedad.

Berlín, Hamburgo, Hannover, Bremen, Colonia, Maguncia, Manheim, Nuremberg, Leipzig, Munich, Stuttgart, Duisburgo, Essen, etc., etc.? Las obras faraónicas pueden exigir procedimientos esclavistas. El vencedor, sea quien sea, sentirá la tentación de retener o requisar millones de prisioneros. Piénsese que sólo en Rusia la región devastada tiene una extensión dos veces superior a la península Ibérica. Y que en ningún país sobrarán hombres ni personal calificado.

Más modestos que los alemanes, los ingleses dicen que las obras de reconstrucción y reforma del plan de Londres durarán cincuenta años. Probablemente esos caballeros piensan pagar en libras esterlinas todavía respetables y no están dispuestos a aceptar la casa «standard». Sus revistas publican ya planes de la futura «City». En el centro vése una plaza cerrada, en medio de la cual se levanta la catedral de San Pablo. ¿Pero es que existirá todavía la catedral de San Pablo dentro de algunos meses?

Arquitecto, aparejador, albañil, carpintero, forjador, pintor, electricista, mueblista, he aquí las profesiones del porvenir. ¡Magnífico espectáculo, en un ambiente de paz romana, ese de un bosque de anádamos y de una ciudad naciente!

Pero, ¿de dónde sacaremos el estilo en que inspirar tanta arquitectura? En otras épocas, en Francia, por ejemplo, cada rey llegaba con un estilo en el bolsillo. Todavía la época de Bonaparte impuso su estilo. Y, aunque a M. Charles Maurras no le guste, ahí está el Arco de la Estrella, muy superior, por cierto, a todos sus sucesores en el mundo entero.

En la actualidad dibujase un estilo no maduro todavía. Italia y Alemania reaccionan contra la fatalidad, mecánica, higiénica y económica del funcionalismo, inspirándose en las escuelas grecorromana y neoclásica.

El mundo futuro será de los aviadores militares o de los arquitectos. Si viene una paz romana, los arquitectos serán los hombres del porvenir. Después de tanto bárbaro volante y destructor justo es que dejemos la palabra a los constructores. Hemos conocido a dos poetas del arte de la construcción, los inolvidables amigos Rafael Massó Valentí y Ramón Argilés. ¡Con qué fervor hablarían ahora de su profesión! Pero he aquí un libro de otro poeta arquitecto, Pedro Benavent, que interpreta fielmente los anhelos de los dos desaparecidos. Precisamente Benavent era íntimo amigo de Ramón Argilés, a quien va dedicado el libro «Brisas de alegría y honor». Es una exaltación del sentido profesional de la vida y de la arquitectura, el poema de un arquitecto. Libro de actualidad en estos trágicos momentos. Al evochar Pedro Benavent la destrucción de la civilización grecorromana y de sus ciudades, dice que la Humanidad se encontró sin el refugio de las piedras, pero más allá de las piedras se alzaba la bóveda del cielo.

Se ha dicho que la fortaleza europea había podido ser destruida por carecer de techo. Es muy posible que las ciudades futuras, de estilo americano, inglés, alemán o ruso, carezcan de techo y de cielo.

Declarado de interés nacional
y revalidado con la máxima puntuación



Gasoígeno Ciclope

S.A.M. MAS-BAGÁ

Valencia, 344-350

TELÉFONOS 73016 - 81227

BARCELONA

CAFÉ DE LA NOCHE

EÇA DE QUEIROZ

TRES centenarios, entre otros, vienen pisándose los meses: el de Verlaine — al que dedicaremos un artículo — el de Don Juan Tenorio y el de Eça de Queiroz. Aunque aun falta algo para este último. Portugal ya ha comenzado a movilizar sus honras para el que con más justicia que innovador de la novela portuguesa puede ser llamado creador de la novela en Portugal.

Eça de Queiroz fué un escritor muy combativo en su tiempo. Para los tradicionistas, los representantes de un romanticismo nacionalista finosecular, representaba el capitán insurgente de todo lo temido, de todo lo anatemizado, de todo lo que aparecía como extranjerizante, internacionista e impío.

Volvendo las cosas a su origen, es indudable que tenían razón pero tampoco tiene duda que aquel romántico e inerte tradicionalismo portugués del XIX no podía vivir sin aliento como no convirtiera sus Letras y la existencia misma de lo nacional en simple museo. Lisboa si es tradición en cuanto a es Tajo, es evolución continua, aventura literal y constante en cuanto a que es prácticamente el último puerto de Europa frente de América y sutilmente el primer puerto americano de nuestro Continente.

Eça de Queiroz, riguroso contemporáneo de Verlaine, vivió el París, con el meridiano inglés de un *dandy* escéptico, de un socializante, un tanto confuso, de un heterodoxo que más tarde habría de transigir — por rutas esteticistas y literarias más que de fe y fundamento — con sus famosas vidas de Santos que como un salvador pretexto se apresuraron a aceptar sus enemigos deseosos de firmar un compromiso tácito con un hombre dotado de valores que no podía desaprovechar la patria. El tiempo ha ido quitando violencia a la que ya no tiene actualidad y elevando, en cambio, todo lo anecdótico — realista y costumbrista — de Eça a categoría puramente literaria. Nos gusta más o menos, es evidente que aquel extraño gentilhombre lusitano, que aquel *dandy* del Consulado de París, dejó una obra considerable, fundamental para las Letras portuguesas y que se estima más según se pasea por aquel Chiado lisboeta que no ha cambiado mucho desde los tiempos del novelista.

Del naturalismo zolesco sin posible estimación en nuestros días, le salvó, su enorme capacidad de melancolía, su dotación de nostalgia que tenía como caballero portugués. A su centenario se unirán, con las de su patria, las honras fraternas españolas. En este animado Museo Grevin de nuestro semanal *Café de la noche* no podía ciertamente faltar el caballero Eça con su moño y todo.

LAS «CARAMELLAS»

Las clásicas «caramellas», el canto tradicional de Cataluña a la Pascua Florida, preocupa pueblo por pueblo a los poetas populares del país. Van a ser pronto ya. Desde nuestros balcones oiremos las letras ingenuas que se mecen — en diferencia con el resto de España — en músicas de vals y americanas. Esta curiosa condición merece un ensayo. ¿Por qué en Pascua Florida las caramellas no se inspiran en la antigüedad musical folklórica sino en la importación finosecular colonial y en lo europeo y romántico?

Tema es este quizás de Eugenio. Y uno se limita a apuntarlo.

C. G.-R.

Almacenes LA EXPOSICIÓN

Ignacio Prat Espinal

Sucesor de la Sucursal n.º 2 de TEXTIL LERIDANA, S. A.

Tejidos - Confecciones
Sastrería

Ventas: Mayor y Detall

PLAZA ESPAÑA, 3 y MAYOR, 29
Teléfono 1330

LÉRIDA

MANNERHEIM GRAN JEFE DE FINLANDIA

por SANTIAGO NADAL

UNA FAMILIA DE LA NOBLEZA

LEEMOS que el rey Gustavo V de Suecia, al dirigir su mensaje a Finlandia, ha cuidado de que el principal destinatario del mismo fuera el mariscal Mannerheim. Es natural. Aparte de su calidad de jefe supremo del Ejército, la verdadera jefatura del país le viene por natural consecuencia de su destacadísima personalidad en el mismo.

Finlandia no es el país simple y democráticamente aseptico que muchos imaginan. Hay, en realidad, dos Finlandias: la sueca y la finesa. La primera, o sea la de habla sueca, era la predominante hasta la Guerra Europea. La constituyan las clases distinguidas y todo el que aspiraba a serlo había de hablar sueco. Sueca era la aristocracia y la Universidad y sueco el alto comercio y las profesiones liberales. Hablaban finés, en cambio, los leñadores y labradores que forman la masa del país. Esta distinción, sin embargo, no creaba ningún problema de serio división y, en realidad, todos se consideraban finlandeses hermanadamente. Con el fin de la guerra cayó sobre Europa la conocida ola de liberalismo y democracia y, naturalmente, ello produjo un cambio de papeles. Los más, o sea los de lengua finés, impusieron el predominio de su lengua y se realizaron reformas sociales — agrarias principalmente — para desarraigarse el predominio de los finlandeses «suecos».

A una familia de estos últimos pertenece el mariscal Mannerheim. Procedente de Holanda o de alguna ciudad hanseática, el antepasado que dio origen a la familia se estableció en Suecia en el siglo XVII. Su hijo recibió el título de nobleza del rey de Suecia, en 1693, y en 1776 sus descendientes fueron inscritos en el libro de la nobleza sueca como barones. Desde 1818, el primogénito de la casa ostenta el título de conde, y son barones sus hermanos menores.

Una rama de la familia se trasladó a Finlandia en 1783, donde habían de distinguirse en la política y en las armas tanto como en las ciencias, el fisco y la economía del país. El abuelo del mariscal fué presidente del tribunal de Viborg y dejó una magnífica colección de coleópteros y varios trabajos científicos. Su padre, espíritu inquieto y errabundo, permaneció viajando por el extranjero hasta los cincuenta años, y entonces regresó a su patria, dedicándose al comercio. Casado con una señorita von Julin, tuvo siete hijos en su matrimonio. El tercero de aquéllos, Carlos-Gustavo, nacido el 4 de junio de 1867 en la casa solariega familiar, es el actual mariscal Mannerheim.

AL SERVICIO DEL ZAR

Años de infancia en el campo; estudios en Helsingfors, después; preparación militar, a continuación. En 1887 ingresó en la famosa escuela de Caballería de Nicolás, en San Petersburgo. Dos años después, ya oficial, el futuro mariscal de Finlandia ingresa en el Ejército del Zar. En 1896, con motivo de las fiestas solemnes de la coronación del último Romanov, Mannerheim fué escogido, con otros tres capitanes, para rodear a Nicolás II durante las ceremonias. Se les escogió por considerarlos los cuatro oficiales de mejor estampa del Ejército ruso. Con su casco dorado, coronado por un águila, su brillante coraza, su uniforme blanco de paño y sus altas botas charoladas, Mannerheim debió atraer más de una mirada femenina en aquellos días de festejos.

Sigue su vida militar, se distingue en la guerra rusojaponesa, en la que alcanza el grado de coronel (a los 37 años) y llega con él a lo que constituye uno de sus hechos más extraordinarios: su fantástico viaje a caballo por la China del Norte, con objeto de explorar aquellas regiones lejanas y misteriosas. El viaje, siempre a caballo, acompañado por un grupo de cosacos, duró dos años, en los cuales fueron recorridos más de 14.000 kilómetros, desde Samarkanda a Pekín. Este viaje le sitúa entre los más grandes exploradores de Asia, puesto que dió importantes resultados científicos. El coronel Mannerheim trajo de allí preciosas colecciones etnográficas y numerosos datos que, entre otras cosas, le han permitido, recientemente, publicar un grueso volumen de 1.000 páginas sobre la materia, en inglés. El prefacio de esta obra está fechado en febrero de 1940 y en el Cuartel General desde donde el mariscal dirigió la heroica resistencia de su pueblo durante la invasión soviética.

No vamos a seguir paso a paso la carrera militar de Mannerheim, bien conocida, por lo



Nicolás II de Rusia se dirige a la capilla del Santo Arcángel donde será coronado Zar. Uno de los dos oficiales que preceden el dosel (el señalado en la fotografía con una aspa), es el barón Mannerheim, futuro paladín de Finlandia

demás, en sus líneas generales, en los últimos años. Digamos solamente que su fidelidad al Zar no le impidió acordarse de su patria. Al contrario: en varios momentos de la política de «rusificación», predominante a fines del siglo XIX y principios del XX, contra las nacionalidades sometidas al imperio, Mannerheim tuvo ocasión, gracias a su influencia en Rusia, de mejorar la suerte impuesta a Finlandia por el zarismo.

DE LA PRIMERA GUERRA DE LIBERACIÓN A LAS GRANDES INJUSTICIAS

Como general, se distingue en la Guerra Europea y la revolución le sorprende en Odesa, donde se encuentra reponiéndose de un accidente. Allí, a fines de 1917, es destituido de su mando por los bolcheviques. Cruza, de gran uniforme, toda Rusia, de Sur a Norte, en los momentos peores del inmenso caos de los primeros tiempos revolucionarios: innumerables viajes en tren, erizado de peligros. Llega finalmente a Petrogrado y se entera de que su país, el 6 de diciembre (1917) ha proclamado la independencia. Se impone a los rojos, quienes le dan una autorización para trasladarse a Helsinki. La abdicación de Nicolás II le desliga de su juramento. El soldado del Zar ya no existe: ahora queda sólo el patriota finlandés. En este estado de espíritu llega Mannerheim a su país.

No vamos, tampoco, a insistir sobre los detalles de la primera guerra de liberación de Finlandia. Sólo un detalle conviene subrayar muy expresamente: se trató tanto de una guerra civil como de una lucha nacional. Los ejércitos rojos, en efecto, estaban formados no sólo por las guarniciones rusas acantonadas en el país y que habían asesinado a sus oficiales, sino, también, por los guardias rojos finlandeses armados por los rusos (unos 40.000 que ascendieron a 100.000 en el transcurso de la guerra). Frente a esto, no existía nada, literalmente nada. Así, pues, el mérito de Mannerheim no estriba sólo en haber ganado la guerra con un instrumento más o menos perfecto, sino en haberlo creado, armado, instruido y lanzado a la lucha en un espacio de tiempo fabulosamente corto. Iniciada, abiertamente, en la noche del 27 al 28 de enero de 1917, la guerra de liberación, terminaba el 16 de mayo siguiente con la entrada, apoteósicamente triunfal, del vencedor en la capital. El cuerpo expedicionario alemán estaba bajo sus órdenes, por expresa indicación del mariscal Hindenburg.

Pero Mannerheim sigue siendo tan sólo el

Castell de Ribes

FINO PANADÉS
FINO PRIORATO



CEPA SAUTERNES
CEPA RHIN

COMERCIAL ANÓNIMA

CASTELL DE RIBES

AVIÑÓ, 37 - TEL. 14319
BARCELONA